

resarse por el único elemento arqueológico peruano capaz de contener datos de cálculos astronómicos precolombinos: el quipu, ese sistema de cuerdas con nudos que, como bien se sabe, servía a los incas para hacer todo tipo de registros numéricos.

Se conservan alrededor de 600 quipus en todo el mundo, la mitad de ellos en el Museo Etnográfico de Berlín, y cada tanto se descubren más. No servían para hacer cálculos sino solamente para registrar los resultados. Como además de nudos emplean colores y una jerarquía entre las cuerdas, se sabe que, además de cifras, registran conceptos, pero no se sabe cuáles. Las cuerdas mismas pueden ser de algodón, si provienen de la costa, pero en su absoluta mayoría son de lana de camélidos. Pueden estar hiladas en S o en Z (e.d., torcidas hacia la derecha o hacia la izquierda), y es posible que incluso esta característica tenga valor clasificatorio, pero no se sabe cuál. Además de los nudos habituales (en forma de 8 para la unidad; simples para las decenas, centenas y miles; compuestos para representar del 2 al 9; una posición vacía para el cero), existen otros nudos cuyo valor se desconoce. Además de las cuerdas habituales, el quipu puede tener otras laterales que subsumen los valores numéricos de las otras, para permitir hacer

cuentas con los totales de diversos quipus. Y estas cuerdas laterales pueden estar unidas a la principal por dos tipos distintos de nudos, lo cual se supone que también implica una diferencia de significado. Finalmente, los nudos pueden estar hechos en una dirección o en otra (en S o Z, como las mismas cuerdas); habiendo casos en que, dentro de un mismo quipu, los nudos de una misma dirección están claramente separados de los de la otra, se especula también en este caso con la posibilidad de que cada dirección tenga su propio significado clasificatorio.

Pero la complejidad no termina allí: en la tercera parte del total de los quipus hallados hasta el momento, los nudos no están arreglados conforme a las pautas numéricas conocidas. Se ha sugerido, en consecuencia, que esos quipus deben de almacenar datos no numéricos, es decir, textos, ya sean de historia o de religión. Pero hasta el momento no se ha avanzado lo suficiente como para poder intentar una lectura. El quipu hallado hace pocos años en Italia entre los «documentos Miccinelli» junto a la lectura descifrada del texto que contiene es, a decir verdad, tan distinto de todos los otros quipus conocidos que no puede ser tomado en serio, por más que su antigüedad sea indudable. Sí existen, en cambio, textos coloniales con la transcripción

de quipus no puramente numéricos; si alguna vez se descubriera el quipu correspondiente a una de estas transcripciones, podría darse finalmente el paso decisivo hacia su descodificación.

Los Códices de Cutzio y Huetamo. Encomienda y tributo en la Tierra Caliente de Michoacán, siglo XVI.
Hans Roskamp. Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán / El Colegio Mexiquense, 2003, 180 pp.

Roskamp es un etnohistoriador holandés doctorado en la Universidad de Leiden, actualmente profesor del Centro de Estudios de las Tradiciones del Colegio de Michoacán. La región mexicana de Michoacán (náhuatl «tierra de pescadores») destacó en épocas prehispánicas por la presencia, entre otras, de la cultura tarasca, la cual, por contar con una metalurgia más avanzada que la de los aztecas, logró detener la expansión occidental de estos últimos. Al mismo tiempo, Michoacán recibió influencias culturales del centro y sur de México como la pictografía. En Mesoamérica hallamos una escritura propiamente dicha solo entre los mayas, con antecedentes indudables en Monte Albán e incluso, como se está destacando recientemente, en la

cultura olmeca. La pictografía de los aztecas no llegó a ser escritura. Tampoco la michoacana; sus códices contienen simplemente pictogramas que representan cifras y conceptos básicos. Su utilidad más inmediata parece haber sido el registro de datos tributarios; en todo el mundo, el nacimiento de la escritura está vinculado con la religión (también datos astronómicos) y la economía.

Cutzio y Huetamo son dos pueblos del extremo S.E. del actual estado de Michoacán. Los dos códices estudiados en este libro son de 1542. El de Cutzio fue presentado por un cacique tarasco (esta etnia prefiere actualmente llamarse purhépecha, en rechazo del nombre despreciativo que le endilgaron los conquistadores), y el de Huetamo por un cacique otomí (los otomíes eran un grupo cuantitativamente muy inferior al tarasco y, según parece, estuvieron siempre subordinados a éstos). Ambos códices son matrículas de tributos pagados al encomendero Gonzalo Ruiz. En los dos primeros capítulos narra Roskamp la azarosa historia internacional de cada uno de ellos, reconstruyéndola con gran detalle, ojo detectivesco y absoluto dominio de la bibliografía. En el cap. III hace un análisis comparativo de la iconografía: las diferencias le hacen suponer, contrariamente a mi opinión, que «no fueron pintados por la

misma persona» (p. 53); pero mucho más importante que este asunto es la explicación del significado de cada pictograma o grupo de pictogramas, que Roskamp desarrolla con máxima claridad.

El capítulo IV es con mucho el más extenso y trata de la situación de la Tierra Caliente michoacana en la época en que se redactaron ambos códigos. Si bien «[e]l objetivo de este libro no fue escribir una microhistoria de Cutzio y Huetamo» (p. 135), Roskamp se acerca bastante a él en dicho capítulo, cuyo contenido va desde la explicación de los topónimos y otros términos indígenas al estado de la encomienda de Ortiz luego de su muerte (1558), pasando por la geografía económica de la zona, los enfrentamientos con los mexicas, los múltiples contactos interétnicos y lingüísticos (es posible que el purhépecha haya servido de *lingua franca*), el sistema tributario, la esclavitud, etc. Este capítulo proporciona también informaciones útiles sobre la trama política y económica de la sociedad virreinal desde Cortés (que empezó a distribuir encomiendas en 1524) hasta finales del siglo XVI. Roskamp menciona uno por uno los beneficiados, sus fricciones mutuas, sus formas de explotación de los indígenas, la rápida disminución demográfica de estos, la inobservancia de las leyes con

que la Corona quiso proteger a los indígenas, y el caso concreto de Gonzalo Ruiz. Este intentó conmutar una parte del tributo (de por sí excesivo) por «servicio personal» (trabajo en las minas y haciendas ganaderas, prohibido sin mucho éxito por la Corona en 1549). La baja demográfica en la Tierra Caliente michoacana fue del 86,5% entre 1520 y 1580 (p. 116). Ruiz debe haber amenazado seriamente a sus encomendados para que éstos, en los códigos aquí estudiados, solicitaran un cambio tan desventajoso, añadiendo que lo hacían voluntariamente y que Ruiz era su bienhechor. Efectivamente, los códigos no registran quejas de los indios sino propuestas de convenio entre ellos y el encomendero. Al parecer, la Audiencia no resolvió nunca el asunto y archivó los códigos, que fueron luego cambiando de manos hasta nuestros tiempos.

A los pictogramas se les añadieron glosas en castellano. Los datos de ambos «textos» no coinciden enteramente entre sí: los pictogramas registran el tributo; las glosas, la propuesta de conmutación. Los apéndices II y III transcriben las glosas de ambos códigos, añadiendo en el apéndice IV la única otra transcripción que se conoce, a saber, la defectuosa que Fray Pablo Beaumont (1710-1780) hizo del código de Cutzio. El excelente trabajo editorial se

ve consumado en la reproducción facsimilar, fuera de texto, de ambos códigos. A pesar de su español con huellas neerlandesas, el texto de Roskamp está bien redactado y, sobre todo, es excelente desde el punto de vista del contenido informativo; sus detalladísimas discusiones hallan una digna culminación en el resumen que presenta el capítulo V.

Agustín Seguí

De los amores negados, *Ángela Becerra*, Barcelona, Planeta, colección «Fábula», 2004, 353 p. 18,00 Euros

La novela rosa, cuyos orígenes se remontan al folletín decimonónico, normalmente se dirige a un público poco letrado, razón por la cual ha sido menospreciada por la crítica. Sin embargo, en Hispanoamérica escritores como Manuel Puig y Cabrera Infante, admirador de Corín Tellado, abrieron nuevas vías, reivindicando la sensibilidad de las masas, parodiando y poetizando sus gustos, o despertando el interés por el género. *De los amores negados*, primera novela de la colombiana Ángela Becerra, parece emular la novela rosa, explorando múltiples posibilidades del erotismo. Así,

nos ofrece un mapa de carreteras que anticipa el final (naturalmente feliz) esperado por el público al que suponemos se dirige. Señales de esa ruta son las reiteradas e inverosímiles coincidencias: encuentros inesperados, premoniciones, paisajes paradisíacos, como la Toscana o Cartagena de Indias, que se convierte en Garmendia del Viento. Del folletín son los estereotipados personajes con sus nombres: Martín Amador (el amante), Fiamma dei Fiori (la abandonada y ardiente esposa) o David Piedra (el escultor). Acaso consciente de las carencias del público lector y ante la ausencia de una visión de la sexualidad desde la perspectiva de las mujeres, al menos en la narrativa colombiana, se insiste en las escenas de erotismo, «euforias camísticas», para decirlo en su estilo, que fatigan, casi tanto como las reiteraciones, repeticiones, contrasentidos y pleonasmos de esta retórica amorosa. Una atenta lectura, previa a la publicación, que no necesariamente le corresponde a la autora, hubiera permitido cumplir incluso con audacia la finalidad de un género que merece todo el respeto de la crítica, pues no es poco lograr que el lector viva la ilusión de «sentir con intensidad» en esta época marcada por el vacío, la falta de comunicación y el desencuentro de la pareja. A esta estrategia se debe, por